

## DE BUENAS LETRAS

# Niño Josele

**FRANCISCO LÓPEZ BARRIOS** De la Academia de Buenas Letras de Granada

**L**a noche se derramó a trompicones, con nubes negras y bajas cargadas de lluvia tímida, asustadiza, con cara de niña traviesa, mientras un viento enrabiado enfriaba el horizonte que llegaba del mar, y cubría de espumilla las ventanas del Náutico, en San Vicente de El Grove. Un Club Náutico fantasmagórico, que se asoma al océano Atlántico con descaro, que no tiene ni barcos ni pantalanés, y en el que Miguel de la Cierva, su creador, ejerce de Sumo Sacerdote de las más adultas y más adolescentes religiones musicales, esas que tienen devotos y oficiantes como Raymundo Amador, Kiko Veneno, Santiago Auserón, Jorge Drexler o Silvia Pérez Cruz, que aquí encuentran beneficio en brazos de meigas bondadosas, estimulantes, que no se asustan por truenos y relámpagos, que absorben las vibraciones descarriadas y alimentan las de la creatividad para darle al mundo la vital alegría de la música y la sutil melancolía de sus contornos.

Así que el Náutico se llenó de creyentes y cuando el Niño Josele cruzó la sala entre el público, guitarra en mano, como un Quijote listo para desfacér entuertos, se hizo un silencio de respeto y después rompieron a sonar las palmas con el fervor que distingue a los creyentes verdaderos.

Niño Josele se sentó con naturalidad en la silla que lo esperaba sobre el pequeño escenario, y desenfundó el invento del cordobés Ziriab El Sirio con una leve sonrisa en el rostro. Supimos entonces que pronto llegaría desde el Sur el viento que trae calorcitos 'queridillos' en invierno, soles también del verano que acarician la vida y ponen de fiesta las noches de luna llena.

Miguel de la Cierva hizo un guiño al vacío y aconteció el milagro: dieron en deslizarse entre la penumbra las sombras luminosas e invisibles de Chick Corea, de Paco de Lucía, de Manolo de Huelva, de Niño Ricardo, y la de Niño Miguel, con su genialidad descosida y el alboroto de su cerebro.

El tiempo se enredó en la guitarra del Maestro, que primero bautizó a los creyentes con el arrebató del flamenco puro, para abrirse después a la fusión con el jazz que su hijo, José Heredia, marcaba al piano con el sello musical de la familia.

Por fin, las luces se apagaron en el Náutico de San Vicente de O Grove. Niño Josele salió a la calle y miró al cielo. Y vio cómo, sobre la tierra amorosa de Galicia, las estrellas parpadeaban en un adiós inolvidable por bule-rías.